

Capas sucesivas

Rocío Cerón

La borradura es una medida de la pérdida,
la transformación, una medida de fuerza.
(Olivier de Sagazan)

1 Posicionamiento

Lo finito y lo infinito, entre ellos un puente: un residuo, un fragmento de objeto, un recuerdo que se abre en la mente como estrella fugaz cruzando archipiélagos de neuronas: recombinaciones de signos/códigos. Lo breve, lo aparentemente insustancial, aquello que no es una oda a la grandilocuencia, eso. Y los códigos, el dato, el número negativo, el atrevimiento de lo incommensurable. Un objeto que, en su imantación con las personas y el mundo, se convierte en escritura espacio-temporal. Lo que vale la pena vivir por su fugacidad. El justo momento en que, como en los textos védicos, uno cae en cuenta que el residuo es el mundo. Y el perceptor, entidad que apertura la materia, quien vincula, aproxima y comprende que la metáfora radica en la sustancia del código. Entonces, pensar el poema desde la desterritorialización del mismo poema, desde la inestabilidad de los códigos que les otorga una ambigüedad que ensancha los códigos desde su mismo origen.

Vida, respiración y energía, vida y lenguaje, nos conectamos con la vida a través de contarnos quiénes somos en poemas que van quedando como esquirlas-frases que atraviesan el cuerpo. Nos enunciamos a través de las frases adheridas con aproximaciones sucesivas al recuerdo. La mano sobre el hombro del padre, la sonrisa cómplice de tu mejor amigo. La piedra recogida en el río, el sombrero que te acompañó en toda la travesía por la selva lacandona. En cada fragmento -residuo- de nuestros actos hay ya un resguardo de la finitud.

Contra todo lo que el mercado signa, lo más valioso es esa pedacería (el craquelado estuche de las plumas de tu abuelo) lo que pone en la vida una mirada disidente, subjetiva. Riesgo y despliegue: «No es en la grieta sino en la hendidura donde reside el pulso de una casa», dice la poeta. Y sí, lo que hiende en nuestras vidas son esas cuentas de oro (metafísicas, hilos anudados de memorias) que se tejen como articulaciones. Aquello que pensamos irrelevante, el día a día, lo habitual, lo diario profundamente cotidiano, como respirar u oler una taza de té por las mañanas o a media tarde, acariciar la mejilla de tu novia, sentir el papel del libro entre las manos o la primera mirada a la calle al salir de tu casa, son los verdaderos inicios de una escritura presente y futura. Lo dejo en claro, profundamente, la pandemia.

Mirar por el rabillo del ojo, no la figura central sino las apariciones desde el margen, para observar entonces profundamente aquello que se muestra (y no) como puertas a múltiples preguntas donde la flecha y el punto se tocan. En esa servilleta con manchas de café, y el dibujo apenas esbozado, se gesta el nacimiento de una revolución. Cada movimiento, objeto, frase o cabeceo es una sedimentación inestable de futuro. Para pasar la laguna de la Estigia (¡oh Patinir, primo hermano de la muerte!), una moneda era necesaria. Como necesarios son los indicios y los sesgos, geografías nebulosas y aparentes ángulos ciegos, que permiten ver más allá y desde donde hombres y mujeres cabales, cada invierno, destruyen el piso de su casa.

Entre el alfa y el omega, entre el aire y la respiración, y entre todos los puntos sucesivos, está el abrevadero vital. Providencial es cada instante, en cada segundo se fragua una configuración de territorio álmico. Abrazamos el viento como resguardamos lo brevísimo, el imperio de lo nimio, lo imperfecto, todo aquello que nos da la nitidez de estancia, lo esencial de la respiración, y el lenguaje. La casa, constituida por la música del pensamiento y los afectos, radica en la palma de tu mano: en donde el sentido de ese carrete de hilo/tuerca/llaves/ hace cuerpo. Y con ello, abres de tajo al mundo en presente hacia el presagio del provenir.

2 **Estudios**

El habla del mundo, la naturaleza de los objetos, mueren y renacen en el espacio. Fuerza incorpórea, hay un motor que dinamiza al mundo y el cosmos donde no hay principio ni fin. Sea eólica, lumínica, sonora, cuántica o cualquiera de sus múltiples variantes, entre ella se teje y desteje el movimiento de lo que vemos y no vemos, como la materia oscura que atraviesa ondulante y silenciosa el universo. Vibrante, pasa, zumba como el lenguaje que nombra, dimensionando los cuerpos, los sistemas físicos, tocando las regiones más distantes o perdidas en los fondos abisales del mar. Permanece entre sombras y se transforma, como el poema y como Antígona, que esperan la claridad, la verdadera, para salir de la cueva. Con esa furia de quien va «conquistando la luz», la energía hace que la vida sea vida. Entre la continua transformación, la permanencia sutil y gigantesca a la vez, como los 62 mil 600 kilowatts del sol por cada metro cuadrado de su superficie, es la entidad más vigorosa y más constante. Desde el principio de los principios no puede existir creación o desaparición de energía, sino transferencia de un sistema a otro, o transformación de una forma a otra. Y desde aquí, el poema se afina como reflejo.

El poema, la maquinaria y edificación del lenguaje en su estado más potente, se fija en la página, pero nunca está inmóvil, sus imágenes plásticas, sonoras, verbales, conceptuales, performáticas y hasta epidérmicas se movilizan ante los ojos del lector/perceptor. Eólicas o geotérmicas, de capas freáticas, las energías que se desprenden del poema abastecen los resquicios del cuerpo intelectual, así como del estético o del emocional. Combustiona el alma, para crear materia textual, abre el cuerpo, lo extiende tentacularmente, transforma las emociones y las experiencias. Nada se pierde, todo se expande. Nada se destruye, todo se crea, todo se transforma: el poema guarece en su interior un infinito.

Y de ese vasto terreno léxico nos abrasa la escucha, un ejercicio que requiere atención y fuerza, un ejercicio que nos permite entender quiénes somos y cómo habitamos un lugar. La escucha nos brinda un entorno sonoro de 360 grados para colocar nuestra atención en todo tipo de emisiones sónicas. El oído adquiere una serie de elementos áuricos que la mente memoriza y asocia a ciertos momentos. Nos convocan a una comunidad resonante donde la energía sónica construye identidad. Entonces, cada lugar no sólo es su cuerpo arquitectónico, sus calles, sus habitantes es, en gran medida, su conjunto -concierto auditivo y de sensaciones- de sonoridades. Ondas, flujos sonoros que avanzan por el espacio y vuelven a expandir los contornos de la realidad. El poema concurre de manera no sólo auditiva sino también epidérmica, científicamente se ha comprobado que no sólo 'escuchamos' con los oídos, vibraciones y tonalidades musicales resuenan por todo el cuerpo. Ante el oído y el ojo, se abre

el poema, en su puesta en página, en voz, y nos permite reconocer un territorio para convertirlo en un hábitat mental, simbólico y perceptual. Pura energía eléctrica cerebral que estimula la vida.

El ruido del mar pegando contra la exclusiva, el paso del buque o los ruidos de los autos en pleno atasco de tráfico en medio de una marcha o el golpeteo del viento sobre las tejas de una cabaña, son recuerdos que a su vez serán experiencias o pulsiones evocativas que serán poemas. Textos activos en nuestra mente como centrales nucleares que propulsan energías varias a las que regresamos tanto en nuestra memoria como en la creación. En el fondo, el lenguaje, y el edificio que es el poema, así como la transformación de la energía primordial en cada átomo de cada entidad que nos rodea, nos cuentan, como en la totalidad de la cinta de una película, la verdadera historia de las capas de nuestras vidas. Cada capa de cada joule es la historia que da rostro al universo. Cada capa de realidad se procesa en energía, trabajo y calor, todo poema resignifica la realidad.

3 Asentamiento tambaleante

¿Dónde comienza la indeterminación entre medios, continentes y lenguajes? ¿Dónde inicia una observante, una escritora, una lectora transdimensional? ¿Dónde se hibridan quien observa, experimenta, acciona, escribe, deviene? Desde la caligrafía árabe hasta la vanguardia, desde la dinastía Tang hasta lo más inmaterial de la literatura digital, ha existido durante mucho tiempo una intimidad entre observación, gesto, escrituras y las formas de éstas, tanto en la forma como en la práctica, en múltiples continentes posibles. El poema, ese espacio de memoria, comienza también en una estancia conceptual, es un espacio definido y contenedor que permita sostener una idea, y como sabemos, una idea, un pensamiento, es una forma de leer y experimentar el mundo.

De esos mundos, desde el *Aleph* de Borges, y de aquellos puntos que inciden en las formas en que entendemos lo que nos rodea, *Zeitgeist* poéticos y disruptivos, se abre el libro/continente/escritura futura, espacio que, como en las tablillas de escritura cuneiforme o en la abstracción de la imagen de los ideogramas chinos o en la escritura en código binario, se enuncia. Un espacio que pasa por la desestabilización de un espacio de papel, como el libro, para crear una dimensión multiplataforma. Barthes decía: «Existen escrituras también que no podemos comprender y de las que, sin embargo, no se puede decir que sean indecifrables, están simplemente fuera del desciframiento: son las escrituras ficticias que imaginan ciertos pintores (artistas, diría yo) o ciertos sujetos».

Desde esos límites fracturados, entre el cambio masivo de lo táctil y, a medida que profundizamos en la virtualidad de la pantalla, en

la inteligencia artificial y las redes neuronales recurrentes, quiero detenerme en esa conexión más gráfica entre artista y poeta, esa brecha dividida con guiones que funciona como barrera y enlace, fisura y relleno, una forma de mostrar y decir o, más exactamente, hacer un *entre*. Vuelvo a Barthes:

«Haz un gesto: haces una señal; muévelo hacia adelante, tu mano aún descansando allí sobre la superficie receptiva, genera una escritura».

4 Descolocaciones aleatorias

Contemplamos una obra, eliminando generosamente el significado de si es arte asémico o de lenguaje o escritura visual, sin importar cuán 'ilegible' sea. Como creadores hacemos marcas que se convierten en esos significantes para ser leídos, lo queramos o no. Quien crea de manera transdimensional, ya no sólo crea obras de arte que atraviesan esta categorización y producción de significantes; como argumentó Barthes, son del mismo 'tejido', **ahora el código es también la propia metáfora**. El poema se difumina y convierte en ondas radiales que atraviesan el espacio de la tierra a la Constelación del Saco para encontrar un posible receptor-dialogante-escucha-perceptor. Lo que vivimos hoy en día son diversas formas de relacionar al lector con la obra creando nuevos esquemas de percepción hacia los objetos artísticos y nuevos tipos de interacción en la producción de la experiencia estética. Con todo ello, perceptor y obra, abren retos de interpretación y formas distintas de sistemas de lectura. El espacio futuro del poema está creando aquí y ahora tensiones entre lenguaje textual y diversidad de lenguajes artísticos, científicos y tecnológicos (de acuerdo al filósofo alemán Gernont Böhme, las nuevas tecnologías son «la columna vertebral que estructura nuestra experiencia»), tensiones multidimensionales y espaciotemporales.

Estamos ante un territorio que se estrecha o tensa según el momento (casi el instante) y el balbuceo o nomenclatura de los discursos sociales, estéticos y culturales, por ello ¿qué sustantivos o imágenes se crearán en esta época que ya se piensa en otra época? ¿De qué coloratura, composición, nota o grafía objetual o inmaterial es el tiempo que vivimos y viviremos? ¿Cómo son los nuevos lenguajes digitales, visuales, textuales, transdimensionales de absoluta porosidad del mundo? Estamos ante un lenguaje post-alfabetizado, post-semántico y post-significante que deja abiertas estas preguntas.

El futuro podría ser un poema que, seguramente, en algún punto dejará incluso la grafía para convertirse en ondas eléctricas desde donde el poema viajará conectándose a miles de dispositivos neurales donde un código-poema-onda llegará al mismo instante a todos

sus lecto-escucha-espectadores-perceptores especulativos y será decodificado desde la subjetividad para hacerse experiencia vital, porque como ya sabía desde su lúcido filo mental Friedrich Nietzsche, «No existe la verdad, solo la interpretación».

Cierro este texto, con la posibilidad que abre, y deja siempre abierta dicha posibilidad, el Tokonoma: ese espacio de una ausencia que es la presencia de todo, el poema en su total expresión. A la inversa de Borges y su *Aleph*, que es la suma de las cosas del Universo, en el *Tokonoma* Lizamiano, es la ausencia, como un agujero negro que lo contiene todo, quien habla (habrá que intuir/enunciar/escuchar/preformar/crear desde ahí):

Tener cerca de lo que nos rodea | y cerca de nuestro cuerpo, | la
idea fija de que nuestra alma | y su envoltura caben | en un pequeño
vacío en la pared | o en un papel de seda raspado con la uña. | Me
voy reduciendo, | soy un punto que desaparece y vuelve | y quepo
entero en el tokonoma. | Me hago invisible | y en el reverso recobro
mi cuerpo | nadando en una playa, | rodeado de bachilleres
con estandartes de nieve, | de matemáticos y de jugadores de
pelota | describiendo un helado de mamey. | El vacío es más pequeño
que un naípe | puede ser grande como el cielo, | pero lo podemos hacer
con nuestra uña | en el borde de una taza de café | o en el cielo que
cae por nuestro hombro.

El principio se une con el tokonoma, | en el vacío se puede esconder
un canguro | sin perder su saltante júbilo. | La aparición de una
cueva | es misteriosa y va desenrollando su terrible. | Escondese allí
es temblar, | los cuernos de los cazadores resuenan | en el bosque
congelado. | Pero el vacío es calmoso, | lo podemos atraer con un
hilo | e inaugurarlo en la insignificancia. | Araño en la pared con la
uña, | la cal va cayendo | como si fuese un pedazo de la concha | de
la tortuga celeste. | ¿La aridez en el vacío | es el primer y último
camino? | Me duermo, en el tokonoma | evaporo el otro que sigue
caminando.